

# MARÍA CEGARRA O LA INTIMIDAD FRENTE A LA MUERTE

POR

JOSÉ MARÍA RUBIO PAREDES

La vida de María Cegarra Salcedo ha sido, en primer lugar, intimidad; constante diálogo con su yo. María nace con una dominante personalidad introspectiva, con toda la carga de positividad y negatividad de esta conformación. Su biotipo encaja perfectamente en el grupo *cerebral* o *nervioso*. Sin duda era una niña y una muchachita retraída, poco comunicativa, de pocas amigas *entrañables*; si acaso, con una amiga *confidente*; responsable, formal, discreta; tan buena alumna como condiscípula; puntual cumplidora de sus deberes hasta en el detalle; pundonorosa en el vestir, en el comportarse.

Así la recuerda su compañera Natividad Paredes Campillo, mi tía: María es una niña espigada, hasta el punto que sobresalía, en la capilla del colegio, no sólo de nosotras –sus compañeras de clase–, sino de las del curso inmediato superior; muy delgada; de ojos grandes y vivos –no vivarachos–; y mayores silencios –en los recreos, siempre estaba por algún rincón, sola o con otra del mismo estilo, o hablando con la monja–; rara vez jugaba con el grupo o en grupo, a lo más se le veía jugando a las tres en raya con otra compañera. En clase, nunca “salía” voluntaria; y cuando le preguntaban, contestaba bien y en pocas palabras. Nunca llevó “cuentos” ni chismes de otra compañera. Siempre estaba dispuesta a ayudarte en cualquier duda de ortografía o de problema de aritmética.

Cuando aquella joven introvertida se va a encarar con la vida –tiene unos dieciocho años de edad–, un celaje plomizo, augurio de sobrecogedora tormenta, cubre la cumbre del *Sancti Spiritus* y de toda la sierra minera, su sierra minera, la



que sustentaba a La Unión y a la familia Cegarra Salcedo. Aquella entra en una angustiada crisis agónica. El paro y sus secuelas –la miseria, el hambre, la tisis, por si era poco la silicosis– ensombrecen la vida de La Unión, seca la sonrisa a sus habitantes, y tiñe de gris la juventud de aquella mozita reflexiva, cerebral, que se llama María Cegarra. Se cierran comercios y lugares de ocio, desaparece el bullicio de sus calles y de sus fiestas. Unos –los más poderosos– se marchan a vivir a Cartagena o a Murcia; otros –los más débiles– emigran a tierras lejanas en busca de trabajo; algunos –entre ellos los Cegarra Salcedo– se quedan, y viven y sufren el ambiente de abandono, de precariedad, de añoranza, de tristeza. María capta la situación, el ambiente, y –sin duda– lo interioriza, lo intimiza. La crisis minera en los años de post-guerra mundial es el primer encuentro de la personalidad intimista de María Cegarra con la inoperante angustia de la impotencia, de la incapacidad ante la muerte de una sociedad.

Superpuesta a esta situación comunitaria, surge, en el entorno familiar de María Cegarra, el problema patológico-existencial de su hermano Andrés. Es un hombre joven, de singulares condiciones personales, que marcha inexorablemente hacia la muerte. Es una muerte anunciada a corto plazo. Lo sabe la familia; lo conoce María. Andrés Cegarra Salcedo, el desahuciado, el hombre sin futuro, asume la campaña del futuro de La Unión. Habla y escribe de los medios regeneracionistas de la minería unionense. María es primero su secretaria; poco después su amanuense; algo más tarde su todo (Pepita se reserva la asunción de las funciones de infraestructura: alimentación, limpieza, etc.). En la familia Cegarra Salcedo se crea la situación de hacer feliz la agonía de Andrés. María, ni Pepita, ni nadie llora, no se puede llorar ante el hermano; hay que beberse las lágrimas y sonreír y ser eficaces en servicio de Andrés. Se vive, María vive, una situación de agonía premortal interiorizando sentimientos, transmitiendo sonrisas, supliendo incapacidades de Andrés. María idealiza al hermano. Y el ídolo marcha lentamente hacia la muerte o, más bien, la muerte invade imperturbablemente a Andrés. María es la vida de Andrés. Y así varios años. Al tiempo que María interioriza vivencias, se le va pasando su juventud casadera –como a Pepita–; ambas van desgranando primaveras sin ocasión de noviazgo.

La Unión y Andrés –años veinte–, dos agonías sin esperanza de recuperación. María se refugia en su intimidad –no hay nada que hablar, no se puede evocar sentimientos–. María se refugia en su intimidad, en su dolor interior, en su religiosidad. María madura en el dolor interiorizado, hecho intimidad. ¡La muerte por meta!

Al tiempo, María ha aprendido cómo se construye un artículo, cómo nace una revista, un libro, cómo se lleva una editorial –*Editorial Levante*–, ...María y Pepita salen del anonimato, libremente aceptado y sublimador, durante los segundos que Andrés redacta la dedicatoria de *Gaviota* (1924): “Para mis hermanas Pepita y



María, a cambio de su ternura”. A Pepita y a María les corre una lágrima furtiva por sus rastros. Muchos años después, Pepita rememora frecuentemente esta dedicatoria. María ni alude a ella, y no porque la haya olvidado. Son las personalidades de Marta y María.

Andrés fallece (1928). Los padres han envejecido prematuramente en el dolor, Pepita se halla en soltería, Ginés cursa sus estudios, María tiene 28 años de edad y sufre la catarsis de la situación vivida y de la situación presente, propia de las grandes personalidades. ¡Hay que salir adelante!... 1928.... 1936: Peritage en Química; laboratorio de análisis mineral en La Unión; amistades literarias que han pasado por casa de los Cegarra Salcedo motivadas por Andrés: aquella mocita vital y vitalizadora de nombre Carmen Conde; aquel muchacho oriolano, que es la poesía misma, Miguel Hernández; aquellos otros, no menos jóvenes, Antonio Oliver, Pepe Rodríguez Cánovas, Raimundo de los Reyes...; y va surgiendo *Cristales míos* (1935), es decir, esos cristales por los cuales María ve su pequeño mundo de Bailén nº 10 y la villa de La Unión, con la dedicatoria –diálogo con Andrés–: “Al hermano ausente, en su retiro de eternidad”.

El prologuista de *Cristales míos* –Ernesto Giménez Caballero–, en su paso por La Unión, visita a María. Detecta la situación anímica de los Cegarra Salcedo: “Arriba una señora anciana... Vino un viejecito... La anciana comenzó a llorar, de un modo inusual, frecuente, casi automático... Apareció María. De negro, como toda aquella casa. Y blanca, como toda la casa aquélla. Fina, concentrada, desvariada... sus párpados, yo recordaba, como calcinados de una pena para mí desconocida...; (y en el laboratorio) un retrato sin nombre, de un hombre enfermo, paralítico, de mirar extraño, escuchando una radio. Retrato alucinante: *el hermano*. Todo el secreto de la casa, y de María, y de la hermana y de la madre y del padre y de las paredes y las macetas y del silencio y del laboratorio y de los análisis de plata para sostener la familia, estaba en aquel rincón, aquel retrato: *el hermano. Lo desaparecido*”. Y en el bloque de cuartillas manuscritas que María envió al prologuista, que serían *Cristales míos*, Giménez Caballero detecta “el mismo secreto suyo: la alusión a un ansia fracasada de la vida”. Y califica a la química-poetisa, o poetisa-química, “monja de La Unión”, porque “hizo de su hermano muerto ese Cristo que esperó siempre a las monjas traspasadas”. Y Giménez Caballero desarrolla el resto de su prólogo-glosa trascendente analizando la actitud de María –de su poesía– ante y frente a la muerte. A la muerte de Andrés y a la muerte de La Unión, puntualizamos nosotros.

María quedó siempre avecindada en el número 10 de la calle de Bailén de La Unión –su refugio profundo, su santuario, el testimonio de su biografía–. Recuerdo, para este momento, un encuentro al fresco jaloque de Cabo de Palos de un atardecer, en casa de María Cegarra, hace unos cuatro o seis años, con Carmen Conde entre los tertulianos. Carmen pasó de la valoración elogiosa del verso de María a la denuncia



de su comportamiento vital. Le acusó de haberse “quedado en La Unión”, de no responder a sus invitaciones a trasladarse a Madrid en los años cincuenta, protegida por su carácter de profesora de escuela profesional, ya que hubiera vivido otra vida personal y literaria. El vozarrón de Carmen, sus gestos, sus movimientos de brazos alcanzaron el *género* bronca paterna. Cuando Carmen acabó, María sonrió dulcemente y musitó: “Era mi vida, Carmen”.

*Cristales míos* es la autobiografía del primer segmento de la vida de su autora: intimidad, muerte, nostalgia: *María Cegarra o la intimidad frente a la muerte*. María mira a su pasado a través de *Cristales míos*, ve su vida a través de sus cristales, con conformidad, con cristiana resignación, con sublime estoicismo:

Andrés, el hermano ausente:

- 1.–*Biografía: El 3 de Mayo, día de las cruces de flores, naciste. Y tu vida fue una pasionaria –flor de cruces– que subyugaba y conmovía. (1, pág. 19).*
- 2.– *No escuchamos tu voz; pero sentimos que estás muy cerca de nosotros. Tanto, que nos llega al rostro el leve aire que desplaza tu invisible figura. Otras veces, en cambio, te sabemos tan lejos, que miramos con ansia los remotos luceros creyendo adivinar en ellos un reflejo de tu nuevo y distante paradero.*  
*Su supiéramos que habíamos de encontrarte recorreríamos el mundo, pero el corazón vacila inquietante sin orientarse.*  
*¿Dónde nos esperas? (1, pág. 20).*
- 3.– *No hay carta geográfica que marque tu ruta ni brújula que indique tu punto cardinal. La brisa que creaba tu frente en la marcha no figura en la rosa de los vientos. Y es que elegiste el camino que conduce a Dios. (1, pág. 21).*

La madre:

- 5.– *Tú madre, siempre tan callada, ávara de sufrimientos, ni suspiros quiere para que no se pierda un átomo de tu dolor. (1, pág. 23).*
- 10.– *Madre, ¿es que tu rostro? ¿Aquél de luz y de risa y el perenne cantar en los labios? No te pareces, madre. Tienes ahora la cara ensombrecida y llevas el andar cansino, y si me apoyo en tu hombro no me sostienes, y si te hablo, lloras amargamente. No te pareces, madre, no te pareces. (1, pág. 28).*

---

(1) MARÍA CEGARRA SALCEDO, *Cristales míos*, Editorial Levante, s.l. (La Unión-Murcia), s.a. (1935).



Pepita, la hermana que compartió la asistencia inmediata a Andrés:

- 4.- *Hermana –figura de mausoleo–, como siempre estás sobre la losa fría de su sepulcro, has perdido tu calor. Golondrina negra –hermana–, de tanto cruzar el camino que va a sus cenizas, se han quebrado tus alas. Aquel pico del monte ha desgarrado el cielo para que Dios te sonría (1, pág. 22).*

El padre y el hermano Ginés: Ni una frase, ni un palabra, ni una mirada. ¿Actitud contra ellos?... De ninguna forma. Es, sin duda, la antropofobia consecuente a la profunda frustración del hombre; con motivo del fracaso visceral del hombre-ídolo –Andrés–. Con Andrés se ha ido el *hombre*. Y el vacío de Andrés, del hombre, es irrellenable con ningún otro de su “género”. ¿Odio?... ¿Desprecio?... ¿Repulsa?... No. No es actitud negativa. Es profundo, visceral, posicionamiento –inconsciente o subconsciente– ante el ídolo perdido, que tenía configuración de *hombre*. María, la excelente y ejemplar hija y hermana, se olvida que en aquel drama hay un padre y un hermano que también han sufrido y que sufren la ausencia de Andrés como ellas.

Y María, ella, ante tanta nostalgia, se encierra en sí misma –ensimismada con el ausente–, se refugia en su intimidad, como plaza amurallada y sitiada:

- 6.- *Los caminos y el mar son para mí murallas tendidas a lo largo; pero me llegan los vientos de todas las latitudes dándome agitación de veleta. Movilidad inútil y parada que sueña en la hoja muerta que la corriente arrastra. (1, pág. 24).*
- 7.- *He cerrado la puerta a mi corazón con una recia muralla de indiferencia, y a través de ella se ha filtrado –ósmosis de sentimientos– el paisaje anímico de una sonrisa. (1, pág. 25).*
- 8.- *El horizonte se ha venido hacia mí; por esto no puedo moverme. Estoy circundada, oprimida por la limitación. No existe el espacio. Los pies junto a la tierra, la cabeza pegada al cielo. Llevando el mundo dentro y los ojos vacíos se puede soñar y cantar. (1, pág. 26).*
- 9.- *No es la tierra quien me sostiene, sino la luz del día. Y aunque me veo inmóvil llevo una velocidad de miles de kilómetros. Vehículo ideal para el transporte diario a regiones de ensueño, porque anulas en vértigo, y la hora exacta de partida, y la conversación inoportuna del otro peregrino. Cada cual por su ruta, veloces y sueltos, haciendo un alto al capricho y con el ligero bagaje de un libro... (1, pág. 27).*



No es insularidad, es interioridad, vida personal, no compartida, intimidad... Y la expresión del ímpetu interior:

- 14.– *No me sirve el apoyo de tu hombro; tú caminas despacio. Quédate con lo cierto y déjame volar en la amplitud. Para ti las planicies, yo quiero arquitecturas.*  
*Y alzaré los sistemas hasta hallar un nuevo panorama.* (1, pág. 32).
- 15.– *Quiero ser constelación. Asomar mis instantes de la mano a las balsas del mundo, al puente roto de los pensamientos, ver en la llama la luz, negar la gravedad y crear para creer.* (1, pág. 33).
- 23.– *El galopar negro y subterráneo de las tumbas, tiene su eco en el aliento de los cipreses, árboles máximos afilados de sentido, con savia de corazones muertos y clorofila de iris de despedida.* (1, pág. 42).
- Y siempre la angustia de la soledad tras la muerte de los seres queridos: Andrés, sus padres... La intimidad ante la muerte:
- 30.– *Entre el mar y yo, tú. Entre mi alma y el mar una amargura infinita* (1, pág. 51).
- 39.– *Siempre escuchándote, y súbita, al fin, la voz* (1, pág. 61).
- 82.–*Mensaje. ¡Cuánto tiempo que no oigo tu voz! Por escucharte, canto. Por saber de ti, he inventado ese falso renacer* (1, pág. 111).

Llegó a serenarse el espíritu tras concienciarse de la necesidad vital de la supervivencia personal y familiar:

- 34.–*Reacción. Todo el día será amanecer, claridad recién despierta, sol nuevo, voces descansadas. Nadie sabrá de mí, porque estaré cantando* (1, pág. 55).

Y, a continuación, un largo período, que duplica holgadamente al precedente, hasta publicar *Desvarío y fórmulas* (1978): la Guerra Civil; el fallecimiento de sus padres; un nuevo ejercicio profesional—la docencia—que, al ponerla en contacto con los jóvenes, le constituye posibilidades de compartir. Y hacia la mitad de esta andadura, una publicación insólita: *Obsequio último a Manolete* (1948) (2), en edición numerada de “Editorial Levante” —nueva presencia de Andrés—. Insólita porque María no había mostrado nunca sentimiento de ida ni de vuleta de la *fiesta*

(2) MARÍA CEGARRA SALCEDO, *Obsequio último a Manolete*, Editorial Levante, s.l., 1948.



*nacional*. Insólita por el formato y su contenido: un folio plegado, con portada de Asensio Sáez y el breve texto. Insólita por su motivación, que no podía ser “porque mi madre es de Córdoba”. Su clave no puede ser otra que el frío silvido de guadaña que nos pasó a los españoles con motivo de la muerte de aquel hombre-ídolo. Escribe María: “tengo la obligación de acudir a tu duelo y llevar en el pecho la rosa negra de mi luto”. María que, tal vez, nunca se había puesto la mantilla goyesca, ni un clavel en el pelo; que, tal vez, nunca fue manola de primera barrera, se encuentra obligada a hacerse eco de aquella tragedia del ruedo... Y es que nuestra María, después de veinte años de Andrés, seguía sensibilizada con el espectáculo de la muerte; ella seguía ocupando su “asiento” frente a la muerte, y con gran sensibilidad a los veinte años del fallecimiento de su hombre-ídolo.

Y prueba de que María continuaba interiorizando sus vivencias, frente a la muerte, es su participación en la “edición homenaje” a Andrés Cegarra Salcedo, *Bodas de plata con la muerte* (1953), con “Andrés, ausente”,

*No puedo imaginarme el paisaje que vives,*

.....

*Veinticinco años tienes en la aurora divina,*

.....

*Tus padres te acompañan en la fecha celeste,  
Caliente está tu madre todavía del sudor de la tierra,  
pero acudió, tenue, sufrida,  
a tus bodas de plata con la eternidad.*

.....

*Así estamos unidos. Entre tus dedos llevas nuestro tiempo.  
En nuestras frentes vas sin apagarte.  
Tus hermanos sabemos cuan potente y erguida  
es tu nueva existencia;  
nos lo dice el amor y la fe  
del callado y caliente palpitar del corazón.  
Los astros serán tuyos,  
podrás pisar sus cumbres y elegir un balcón  
donde mirar, sereno, sonriente, desbordado en ternuras,  
nuestro recuerdo vivo,  
sin traiciones,  
en este soplo ausente de veinticinco años.*

(pág. 1).





Y lo demuestra, con rigor de confirmación, *Desvarío y fórmulas* (1978) (3), que en el inicio de su paginación, declara: “Libro homenaje a Andrés Cegarra Salcedo en sus Bodas de Oro con la muerte, 1928-1978”. Y es que el obsequio de Dios Padre a María fue la longevidad –aparte de la fe–, para que pudiera ir jalando conmemoraciones a Andrés: Inmediatez, Bodas de Plata, Bodas de Oro –María la sacerdotisa del culto a Andrés–. Y lo sigue confirmando a la vuelta de la portadilla, donde aparece el retrato de Andrés; y a la página siguiente que reproduce, como lema, el mensaje de *Cristales míos: Por oírte canto, / por saber de ti / he inventado este falso renacer*. El ayer y el hoy, que en la vida intemporal de María, es el siempre. Y entre oraciones a Dios, en la que la humildad, la modestia y el amor constituyen parámetros del poema, y entre minerales, alambiques, crisoles y muchachos, el espíritu de Andrés. Y como despedida Andrés:

## C A R T A

*ANDRÉS, inolvidable hermano:  
 Tu crítica presiento.  
 Tu juicio imagino.  
 Lo que escrito antecede  
 es tan tuyo, tan mío,  
 que su esencia de tu ausencia me viene,  
 y su latido de tu vacío nace.  
 Quisiera que este libro llegara  
 a tu lejano mundo de misterio,  
 donde mi desvarío encuentre,  
 sus ansiados ecos.  
 Deseo que me dictes como antes lo hicieras.  
 Terminar lo que quedó inconcluso.  
 Decir humana y bellamente  
 lo que nunca se dijo.  
 En tu deshecha tierra apoyar la mía entera.  
 Recoger los pensamientos de tu frente  
 en siega inacabable.  
 Anhelo ver lo que tus ojos vieran.  
 Cantar preciso lo que tu voz cantara.  
 Vivir la prisa de tus sueños siento.*

(3) María Cegarra Salcedo, *Desvarío y fórmulas*, Editorial Levante, s.l., 1978.

E. Giménez Caballero había escrito en su prólogo a *Cristales míos*: “Desde el título hasta la entraña del librito me parece sentir como dos aromas diferenciales: la mujer que sueña y la mujer que calcula. Desvarío y fórmula”.





*Dolerme en tu dolencia necesito.  
 Ser tú,  
 –enajenado empeño–  
 Intento escribir y no te alcanzo.  
 Comienzo y no termino.  
 Insisto, fracaso.  
 Me turbo, deliro.  
 Lucho, me rindo.  
 Sollozo...  
 Sólo Dios conoce  
 el intenso amor que contiene este libro.  
 (Págs. 73-74).*

***E insiste obsesivamente en el recuerdo de los ausentes:***

*Este poema no dice nada.  
 No encuentro sus palabras.  
 Es tan pequeño, tan sencillo, tan humilde, tan callado.  
 No es para vosotros.  
 Es mío solamente.  
 Están en él mi padre, mi madre, mi otro hermano.  
 Es un nudo de sangre caliente y apretado.  
 –No se sabrá nunca  
 lo que va por dentro de la sangre,  
 son ríos de otra cosa– (x)  
 Este poema no admite palabras.  
 No puede leerse.  
 Es tan hondo.  
 Dejadlo.  
 (Pág. 66).*

No solamente en el recuerdo de los íntimamente suyos, sino en el de sus paisanos:

*¿Dónde están los cielos de estos cinco mineros  
 enterrados en vida?  
 ¿Quién...  
 .....  
 (pág. 51)*

(x) En el libro: “sus ríos de otra cosa”. Sospechamos que se trata de una errata “sus”, por lo que hemos escrito “son”.



*Aquí, el hombre y la tierra  
son la misma cosa.  
Trágicamente hermanos.  
El minero hiere la montaña,  
la maltrata, despedaza, roba.  
Un día cualquiera,  
el más bello de luz y de armonía,  
las piedras, las terreras, dejan su calma,  
enfurecen, se dislocan,  
se hacen duro mar de ríos macizos,  
apretados de agonía.  
Aprisionan fuertemente al minero,  
enterrándolo vivo.  
Perdido entre estériles y menas,  
permanece muchas horas, días,  
haciéndose su gajo, su latido.  
Muerto luego.*

.....  
**(pág. 54)**

*En las faldas pétreas del faro  
había enterrada una monja.  
Ahogada en el naufragio de "El Sirio".  
Dicen que era joven, delicada, bella.  
Intacta la devolvía el mar, pero muerta.*

.....  
**(pág. 60)**

Y como final, un canto agradecido a su hermana Pepita:

.....  
*Que gran premio sería  
que acabasen nuestras vidas a la vez.*  
**(pág. 64)**

Y dice, en confesión íntima,

*Busco mi alegría.  
No sé si la perdí aquella madrugada  
de lágrimas y luto.*

.....



*Hallarla no es posible.  
 Quien la roba se oculta.  
 Soy yo misma y no me encuentro.*  
**(pág. 62)**

*Esta tristeza que llevo tan amiga  
 y guardo y disimulo calladamente,  
 me empaña los ojos con firme insistencia  
 y en mi alma se arroja como en un nido.  
 Esta tristeza que tanto me acompaña  
 no quiero perderla aunque me duela.*  
 .....  
*Que no me falte nunca esta tristeza,  
 tan mía, grande, honda.  
 Tan de verdad amiga.*  
**(pág. 63)**

La intimidad ante la muerte, y la muerte y la tristeza interiorizadas, consustanciadas, María conformadas con ellas.

Y la vida de María sigue para que vea morir a Pepita, y a Ginés, y alguna amiga cordial, y la soledad —que también es muerte—, porque Bailén nº 10 se ha quedado vacío (con la valiosa visita de sobrinos y amigos). Y en esta muerte por silencio se va escribiendo *Cada día conmigo* (1986) (4).

Tan adelantada llevamos la foliación de este estudio-homenaje a la amiga, que no podemos permitirnos la insistencia, por lo que nos limitaremos a entresacar de sus bellas páginas algunos versos sueltos en los que la autora transmite su actitud asumida:

.....  
*Amanecía un nuevo resplandor.  
 Nadie me acompaña.  
 Me alejé de las gentes que cruzaban felices.*  
 .....  
**(pág. 189)**

*¿A quién canto con amor tan desvelado?  
 ¿Con quien hablo que nunca me responde?  
 ¿Dónde está el que recoge mis palabras?  
 ¿Las guarda? ¿Las tira? ¿Sólo silencio?*  
 .....  
**(pág. 193)**

(4) MARÍA CEGARRA SALCEDO, *Poesía completa*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1986, págs. 179-277.



*Si me estás esperando,  
Dime donde te encuentras.*

.....

**(pág. 194)**

.....

*Camino en silencio  
Con mi carga de tristeza,  
Hacia...*

.....

**(pág. 195)**

*¿Cómo se suelta el alma de su lecho de arcilla?*

.....

**(pág. 197)**

*Et si de caeteris...*

*Me moriré en La Unión junto a las minas.  
Con un rumor de mar a mi costado.  
El cante de mi tierra como rezo.  
Y el trovo de un amigo por corona.*

.....

**(pág. 232)**

Y hoy te has ausentado, querida María. Hoy eres feliz porque te has reunido con todos los tuyos y con Dios-Padre, que era tu ilusión, tu meta. Hoy has tenido respuesta a todas tus interrogantes. Hoy lo tienes todo y lo sabes todo. Gozas de la vida plena, de la vida en el Padre, y con los tuyos. Estamos contentos por ello.

Y volverás a reir, como lo hiciste aquella tarde en que tu alumna de los años cuarenta María del Carmen Cerdido, te recordó la anécdota de los “sucintos”.

Dios te tiene con Él, tú le tienes contigo, como siempre estuvísteis. La gran compañía en la intimidad. El gran consuelo frente a la muerte.

